

cas del budismo, el taoísmo de Lao-tse y de Chuang-tse, no niega al yo ni a la persona, los afirma ante el Estado, la familia y la sociedad. En palabras de Octavio Paz, hay una «persistente tonalidad anarquista en el taoísmo que recuerda a los presocráticos, a los cínicos, a los estoicos o a los escépticos». En los poemas clásicos seleccionados por Rexroth resuena el eco de la prédica taoísta que incide en la transparencia del hombre fusionado a la naturaleza, cuyo emblema será «el pedazo de madera sin tallar y el agua que adquiere la forma de la roca o del suelo que la contiene». El hombre natural «dúctil y blando como el agua, al que se le puede ver el fondo y en ese fondo todos pueden verse». La transparencia y la contemplación como atributos de la comunidad de ermitaños y gente sencilla que predica la filosofía de Chuang-tse, una sociedad de sabios rústicos en la que nadie teme a la muerte porque nadie le pide nada a la vida y en la que la ley del cielo, la ley natural, rige la vida del hombre: «Hace mucho que padezco de asma. / Aquí, en esta morada junto al río, / Parece que mejora. Además, / Hay calma. No me molesta la multitud. / Estoy más alegre y sosegado. / Me siento feliz aquí. Cuando llega / Una visita a mi cabaña, mi / Hijo me trae el sombrero de paja y / Salgo a recoger unas verduras / frescas. Poca cosa es, / Pero se ofrece con amistad» (Tu Fu).

Tu Fu pertenece al período más importante de la civilización china en la era cristiana, la dinastía T'ang. Pasó su juventud en la corte de Ming Huang, mientras que su madurez transcurrió en época de disturbios, vagabundeo y exilio, participando de ese ambiente de bohemia que recorre su obra como convención literaria que ya adelantaba Li Po. Los enfrentamientos con el poder, la imagen de poeta desterrado y contestatario cuyo exilio transcurre en una barca-vivienda a lo largo del río, las ropas remendadas y la pobreza, el vino que excita el entusiasmo y la tristeza y que provoca el abandono o caída en nosotros mismos, son convenciones propias de la época, de la casta, de la tradición literaria china, que Tu Fu asimila con agudeza, sensibilidad y con un exquisito sentido del gusto, para elaborar un personaje imaginario que, en palabras de Rexroth, es a medias máscara y a medias revelación: «Aquí nos separamos. Tú vas a alejarte en la / Distancia y una vez más las montañas / Boscosas están vacías, hostiles. ¿En qué / Fiesta volveremos a embriagarnos / Juntos otra vez? Anoche caminamos cogidos / Del brazo a la luz de la luna, cantando / Canciones sentimentales a lo largo de las / Riberas del río. Tu honor pervive más / Que el de tres emperadores. Yo vuelvo a mi / Solitaria casa junto al río, mudo, sin / Amigos, alimentando años que se

desmoronan». Por otro lado, el sujeto poético participa de la quietud propia del Tao, ese «motor inmóvil» que desde su inactividad hace que todo sea: «Otoño, jirones de nubes en el / Horizonte. El viento del Oeste sopla / Desde diez mil leguas. Amanecer / En el claro aire matinal, los campesinos / Se afanan tras las largas lluvias. / Los árboles del desierto dejan caer sus / Escasas hojas verdes. Las peras / De montaña están pequeñas pero maduras. / Suena una flauta tártara junto a / La puerta de la ciudad. Un ganso salvaje / Y solitario se eleva en el vacío».

El virtuosismo que alcanza Tu Fu en la utilización de ideas-imágenes, adquiere otro matiz de espontaneidad expresiva motivada por la experiencia inmediata en los poemas de Su Tung P'o, cuya crítica de su medio y sociedad le lleva también al destierro, hasta alcanzar un grado de intensidad humana insólito en su tradición en la obra de Li Yu (1125-1209).

Pero una de las aportaciones más sugerentes de esta selección es la obra de las poetisas Li Ching Chao, más conocida por la crítica occidental en su constante paralelismo con Safo, y Chu Shu Chen. En la experiencia femenina que relatan sus poemas se adivinan las frustraciones y limitaciones propias de su contexto social. Muchos de los textos de las poetisas clásicas chinas son temáticamente análogos a las jarchas mozárabes: el lamento por

la separación forzosa del amado, la nostalgia, el goce de la presencia y la desdicha de la ausencia. La obra de Li Ching Chao, que vivió una época de constantes guerras, desplazamientos de la población y, al mismo tiempo, de auge en el mundo de la pintura, la caligrafía y la poesía, es la mejor muestra de la intensidad del placer erótico, del refinamiento de la coquetería, la visión del amor ligada a la de la muerte, siempre desde la experiencia de una realidad vivida que se integra perfectamente en la tradición poética. Una poesía sintética, oblicua, alusiva, refinada, desde un lenguaje alejado de lo vulgarmente sentimental: «La primavera se alza de mi corazón / Y florece en mis mejillas. Me siento mareada, / Como si hubiera bebido. Intento / Escribir un poema en el que mis lágrimas / Corran junto con las tuyas. Mi colorete / Está viejo. Me pesan demasiado las horquillas. / Me echo sobre mis cojines dorados, / Envuelta en mi solitario edredón doble, y / Aplasto los fénix de mi cabeza. / Sola y sumida en amarga soledad, / Sin siquiera un buen sueño, paso / La noche recortando la mecha de la lámpara». Fusión del amor carnal y el amor espiritual, sin las escisiones entre cuerpo y espíritu propias de nuestra tradición, en la semblanza de una mujer con voluntad propia, no víctima pasiva consumida por los celos.

La misteriosa Chu Shu Chen, en

cuyos textos hay una mayor radicalización e intensidad de la sensación de soledad: «Me levanto. Estoy harta de ponerme / Colorete en las mejillas. Mi / Cara en el espejo me repugna. Mis / Finos hombros están arqueados / De desesperanza. Lágrimas de soledad / Me bañan los ojos. Con gesto / Cansino abro mi tocador. Enarco y / Me pinto las cejas y vaporizo / Mis gruesas trenzas. Mi criada es / Tan tonta, que me ofrece / Flores de ciruelo para el

pelo», cierra esta selección de Rexroth dejando en el aire una vibración de confianza y reticencia, de transparencia y coquetería, que ilumina y ensombrece la poesía clásica china, rápida en el trazo, maestra en los detalles, como la apacible brisa del Este que se levanta en tantos de sus poemas. Lírica de la quietud, porque como dice Chiang-tse «el arte de ver los cambios es también el arte de quedarse inmóvil».

Jaime Priede

MARLENE
Dietrich

IN
BLONDE
VENUS

MIT
HERBERT MARSHALL
CARY GRANT

eine
Josef
von
Sternberg
Produktion

